



Los encuentros de Baltasar Porcel

JOSEP M.^a SUBIRACHS, bajo el símbolo de Babel

LA carretera asciende por la Rabasada, formando anchas curvas, entre torres modestas, detrás de las cuales asoma la vegetación baja y espesa del monte. En una vaguada se acumula un grupo de barracas, los techos de cinc y macetas en la puerta. En la ladera de enfrente, el plácido cementero de Sant Genís dels Agudells. Abajo, discurre el paseo del Valle de Hebrón, con sus enormes y burdos edificios oficiales dedicados a asistencia social. Del paseo sube la sorda y firme trepidación de los grandes camiones que penetran en Barcelona por esta ruta y se eleva una dispersa nube de polvo que ahora, con un sol matinal débil, posee un bello color rosado.

En uno de los primeros recodos hay una casa con aire de fortín, compuesta por varios cubos herméticos y diseñados cuidadosamente, las paredes lisas, de ladrillo, sin aberturas. Para llegar a la puerta hay que atravesar un pequeño puente. A un lado queda un solar vacío, con latas herrumbrosas, donde un perro escuálido se expulga con pasión. Pulso el timbre de la puerta del pasadizo colgante y emerge de la casa-bunker la figura menuda y nerviosa de Josep M.^a Subirachs.

Por dentro, la vivienda es excelente, cómoda y silenciosa. Hay cuadros artísticos en las paredes y firmados por personas renombradas; muebles funcionales ordenados con precisión; objetos antiguos en función decorativa; una librería empotrada en la pared; obras del propietario del inmueble; todo dispuesto en equilibrio perfecto como si fuera el plano animado de un delineante. Unas cortinas velan los amplios ventanales de la sala-comedor.

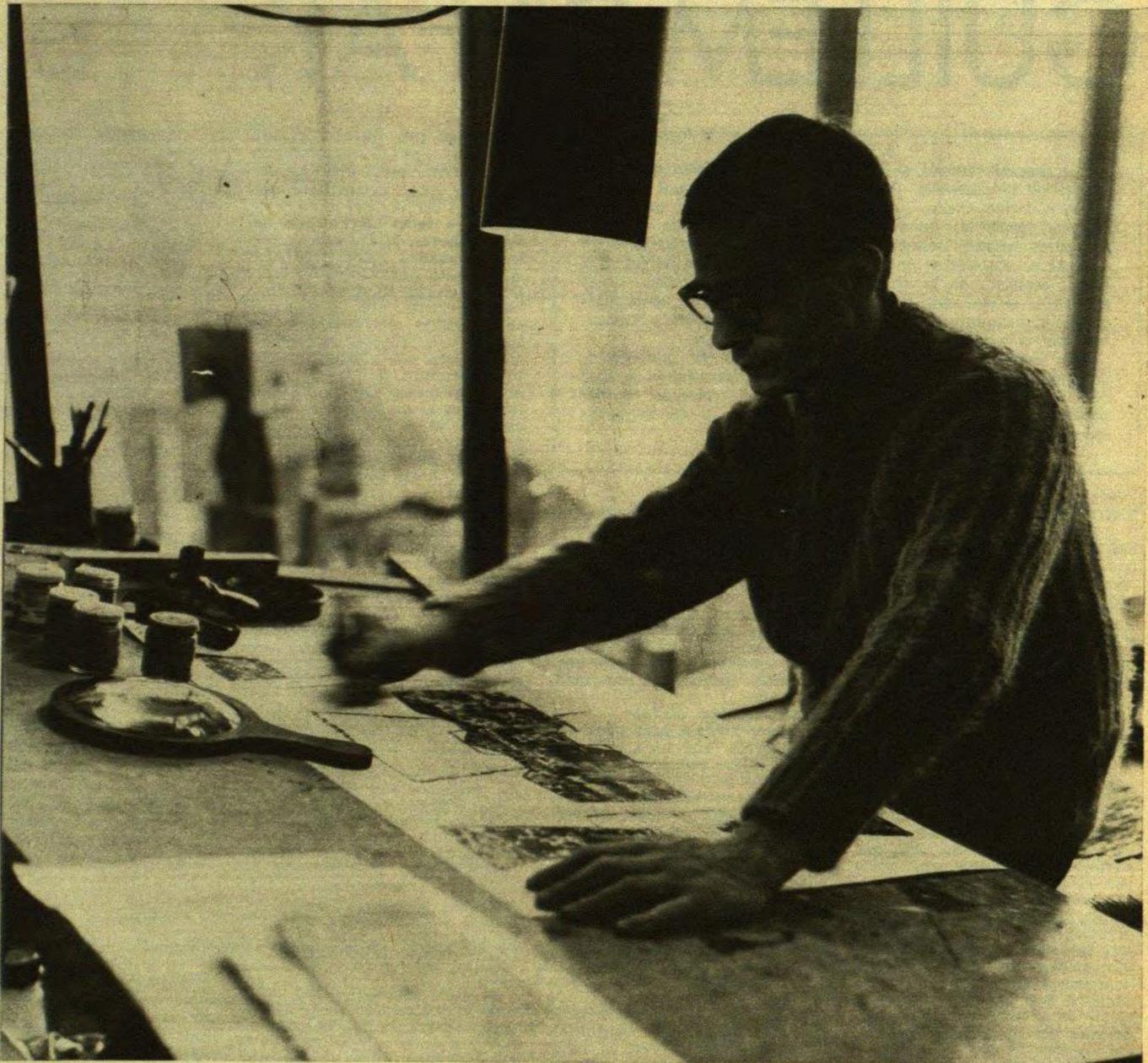
—Si, es una casa introvertida, la mía. El arquitecto Moragas interpretó bien mi idea: una casa para sentirse encerrado dentro, aislado del exterior. Es la cáscara del caracol. Aquí vivo, trabajo y me paso la mayor parte del tiempo. Ten en cuenta que la profesión de escultor está muy marcada por el tipo de labor, que es dura, varia, y requiere espacio y muchos elementos técnicos. Ya verás el estudio, que es un taller en el auténtico sentido de la palabra; un taller, o diversos talleres de artesano, metidos en uno solo. Me levanto temprano, y me pongo a la jaena. Llevo una vida normal. Suelo acostarme temprano. Excepto si voy al cine, que es la cosa que más me apasiona al margen de mi profesión. Mi ideal es Orson Welles, ese gran creador que con cada obra suya levanta una nueva visión del mundo. Sus imágenes tienen un punto de barroquismo, de énfasis, que me gusta. Me excita. Recuerda el barroquismo de Miguel Ángel. Por lo mismo me gusta Fellini también, otro genial barroco del siglo XX. En cambio, ya ves, para leer soy algo pere-

zoso. Me cansa. Un libro tiene que interesarme mucho para leerlo. Incluso leo mal: salto líneas y páginas, voy en diagonal. Y me encanta viajar para ver las grandes ciudades del mundo. Hace poco he estado en Nueva York, ¡es tan ciudad, tan vital, una obra del hombre tan portentosa! Iba por allí como loco, excitado y contento, admirado. Los ruidos de la ciudad me estimulan para trabajar y la placidez del campo me atonta. Esto tiene que ver con esta casa volcada en sí misma. En el mundo hay dos cosas: lo natural y lo artificial. Lo artificial me apasiona y lo natural me aburre. Dos días de montaña me fastidian. La Naturaleza no tiene estilo. Es el hombre,

quien lo tiene. El estilo es un momento, los momentos, de la Historia. Un árbol de hace quinientos años era exacto al árbol de hoy. En cambio una casa, una población, un mueble, una obra de arte cambian, se crean y recrean. Lo bueno es lo que hace el hombre. Prefiero los árboles en la ciudad. Por ejemplo, los cipreses que hay en Roma, los plátanos de las calles de Londres. Me gusta más una hermosa mujer maquillada que al natural.

En la sala me siento encogido, como en una urna de atmósfera artificial. Solicito a Josep M.^a Subirachs el instalarnos en la terraza, a la sombra de unos álamos amarillentos. Reprime un

gesto de contrariedad. Pero salimos. Sopla un vientecillo húmedo y llega el ruido de los camiones. Me saco la americana y me encuentro a mis anchas. Subirachs, en cambio, parece acurrucarse. Plenso que mts opiniones sobre la ciudad y el campo, lo natural y lo artificial, están exactamente en el polo opuesto de las suyas. Las ciudades me parecen un saco de ratas y entre los árboles, en los campos del país, soy una persona muy próxima a la felicidad. En cuanto a las mujeres, mi ideología es de un eclecticismo total. Quizás un servidor sea una reminiscencia arcaica y el escultor Josep M.^a Subirachs un producto de la determinante más sensible y



Josep M.^a Subirachs

creadora de nuestro tiempo. La vida es, y ha sido siempre, así.

De una casa vecina llega una voz pajaril —«Buenos días», «Corre, corre», «Aleluya»...— que charlotea con precisión humana. «Es un ocell que parla i que tenen uns veïns. No sé de quina raça és ni mai no l'he vist», me explica el artista. Le digo que yo, que voy sólo un par de veces anuales al cinematógrafo, hasta me habría hecho ya amigo del ave parlante. Mueve la cabeza, el señor Subrach, sin escucharme demasiado, ensimismado en su universo.

—Todo mi trabajo tiende a la comunicación con los demás, ser a la vez una consecuencia de la sociedad en que vivo y dirigirse a ella. El pintor, pongo por caso, realiza una obra puramente suya, la expone y la vende. Y listos. En cambio, yo trabajo como lo han hecho siempre los artistas, de una forma más lógica: el encargo. A pesar de que en ocasiones lo aceptas de mala gana, el encargo te impone la exigencia de la función: te ciñes, es una lucha para amoldar en un enorme marco sociológico tu labor creadora. Se dice que Miguel Ángel hizo por encargo y de mala gana la Capilla Sixtina. El cliente, a pesar de sus particularidades, es un estímulo y un problema a la larga fructíferos. Por el contrario, trabajar libremente lleva aparejado el peligro de la evasión y de la estética pura. He tenido una posición abierta y múltiple: hacer lo que se me encargaba. Claro, me han criticado: «Mira el que ha fet ara en Subrach». El país está lleno de «llepafils», de seres envueltos en fino papel de fumar. Me he «ensuciado», diríamos, porque considero que esto es más social, más arte social, del cual ahora se habla tanto, de lo que pueda ser la obra de los artistas comprometidos, que, por otra parte, trabajan para compradores millonarios. Yo he hecho desde una catedral, desde el santuario de la Virgen del Camino, en León, hasta las barandillas de los nuevos aparcamientos subterráneos que se han construido ahora en Barcelona. Tanto me da que los «llepafils», los esquilmosos, pregonen que hago cosas vulgares. Te aseguro que es apasionante esa inmensa diversidad del encargo. Hasta me molesta a veces que me llamen escultor. Soy un artista. Intento que las cosas que tienen que tener una forma tengan, además, un estilo. El arte que no sirva para hacer más feliz y para lograr que el hombre vibre más, no sirve para nada. Entre los racismos que perduran quedan aún el de separar las artes en mayores y menores. ¡Es tan falso! Fijate en la Exposición de Barcelona de 1929: el Palacio Nacional es pretencioso, altisonante, una monumental obra arquitectónica, por tanto, arte mayor, y es una porquería; en cambio, la simple silla que diseñó Mies van der Rohe con motivo de la misma exposición, es una auténtica obra de arte.

Josep M. Subrach es delgado, la cabeza redonda, de pelo largo, oscuro y lacio, y ostenta un rostro casi plano y anguloso, las cejas caídas, larga y delgada la boca. Los ojos son de un azul metálico y su mirada es intensa, escurridiza, y observa desde detrás de unas gafas negras, grandes. Viste a base de tonos grises, pantalón y jersey. Su aspecto general es ascético y chupado, de energía contenida, interna y agudísima. Tiene aire de seminarista, de niño sabio o de inmigrante sureño, entre desmedrado y vibrátil. Y cerebral.

Puede parecer modesto y vacilante, Josep M. Subrach, y de hecho sospecho que procura representar este papel. Yo diría, sin embargo, que es individuo listo, inteligente, seguro de sí mismo y que cuando avanza un pie ya tiene el otro completamente afianzado. En sus palabras, pese al tono en ocasiones titubeante, hay claridad y precisión, dice lo que ha meditado y concretado largamente. En su obra, igual.

—¿En qué trabajo? Mira, ahora he hecho una escultura para un peluquero masculino que me la encargó, un torso tamaño natural, en bronce, un vaciado, con sólo la parte posterior de la cabeza llena y donde representa el pelo. También una obra, grande, para un parque de Dallas, donde ya tengo otra. Precisamente cuando mataron a Kennedy se dirigía a inaugurar ese parque. Después, estoy terminando otra pieza monumental que irá frente a un edificio de la plaza de Gala Placidia, en aquella encrucijada de tanto tránsito. Bueno, pues la escultura será un reloj; es decir, contendrá un reloj, a fin de que la gente pueda mirar la hora. Y luego, cara a una exposición que celebrará en Estados Unidos, realizo unas pequeñas figuras en vaciado y de superficie torturada, envejecida: es la parte de mi obra al margen de los encargos, experimental. Como te decía, mi abertura de compás es dilatada y cada pieza debe crearse en función de una necesidad, personal o colectiva. No en el vacío. Prefiero que mis obras sean colocadas en un lugar público y no en un comedor burgués. Estoy satisfecho de haber logrado hacer esto y de formar parte con mi profesión, insisto, del conjunto social. Lo he conseguido, además, sin ir detrás de nadie, sólo con mi labor. Tengo demasiado trabajo con mis esculturas para correr en pos de la gente, encima. Hice el santuario de la Virgen del Camino porque gané un concurso al que me presenté espontáneamente. Así entiendo yo al artista. O al carpintero. Profesionales a conciencia.

El estudio queda en el piso inferior de la casa y se compone de dos partes. La una, dedicada a proyectar: hay una mesa de dibujo, cestas con planos, libros en un estante y muchos cachivaches de adorno. La otra parte es espaciosa, sucia y llena de herramientas. Hay una soldadora eléctrica, una pequeña fragua, un banco de carpintero, una máquina de taladrar, sacos de yeso, cubas de urallita con barro... Y caballetes y tripodes con obras a medio hacer, en yeso, en madera o en bronce.

Por un muro encristalado, se ve un pedazo de jardín abandonado e irrisorio, donde un algarrobo, un limonero y cuatro hierbajos intentan subsistir. Más allá, por encima de una tapia, asoma un espléndido jardín vecino, con naranjos y un parral.

—Mi obra, la del escultor, resulta cara, sobre todo por el material y las jornadas de trabajo. Admiro los pintores, que casi no tienen gastos. Yo tengo que pagar los fundidores, los yeseros, comprar utensilios y materiales. Puedo justificar con horas de jornal lo que cobro. Los hay, en cambio, que se benefician a cuenta de la moda, de la inflación o de lo que sea. Dedico mucho tiempo a mi trabajo, porque la escultura es lenta. Llevo a cabo, primero, la proyección de la obra: dibujos, ideas, planos, un cálculo atento y perfecto, a ser posible. Después, la realización material, donde procuro que este cálculo no se vea, ya que el cerebralismo infundiría helor a la pieza. La obra buena es aquella que da la impresión de haber crecido espontáneamente, como un árbol... ¿Mi obra de dibujante, de pintor? Es una consecuencia de la escultura. Ya te he dicho que me considero un artista y aspiro a la totalidad. A veces proyecto cosas que no encajan en el volumen escultórico y que en cambio son adecuadas para la simple línea. Con frecuencia, además, en mis esculturas hay color, los óxidos tienen una matización acusada... ¿Si tengo dificultades creadoras? Mira, jamás he tenido nada fácil. Mi padre trabajaba en una fábrica de tintes de Poble Nou y, a pesar de haberme ayudado mucho, la vida de una familia obrera en nuestro país es durísima, a ratos terrible. Tuve que trabajar en diversos oficios antes de poder ganarme el pan con mi arte. Siempre me he planteado problemas, además, en mi

vida artística. No soy de los que siguen una fórmula y van haciendo como quien cose y canta. Para estos, y para quien tiene dieciocho años, ser artista puede ser fácil. Para el preocupado, para el que ya tiene cuarenta años, es difícil. Hay que mirar la vida como si se fuera virgen, como si fuera la primera vez que se mira. Y a medida que pasan los años se pierden esa visión inédita de las cosas...

En la obra de Josep M. Subrach existe una fuerza y una calidad rugosa y profunda en la que se aúnan un espíritu duro y profético, un aliento de vigorosa reciedumbre, con la representación de la vida diaria y con preferencia laboral, del hombre atado a su servidumbre: tornillos, el reloj, barras de hierro y madera en forma de prensa, etcétera. Hay fe en el hombre, en sus realizaciones, en su poder constructor. En su cabina de proyectos y en el taller tiene pegadas con chinchetas, en la pared, dos reproducciones —una de Bruegel— de cuadros representando la Torre de Babel, aquella pirámide simbólica hecha con el esfuerzo común, aquella ambición humana de potestad casi mítica. Para Josep M. Subrach la Torre de Babel es la obra más grande que ha realizado el hombre en el transcurso de los siglos.

—No creo en la religión como elemento transcendental. Pero hasta me dolería que desaparecieran ciertas realidades libadas con ella, por lo que tienen de tradición y espectáculo europeo. En general las obras de arte religioso han sido hechas por gente no creyente. Las monjas no crean nada en arte, por ejemplo. Es el caso de Le Corbusier: ha construido la iglesia más importante del cristianismo del siglo XX, y una de las mejores de toda la Historia, en Ronchamp, y él era ateo... ¿Que qué me parece la sociedad catalana? Que tiende a mejo-

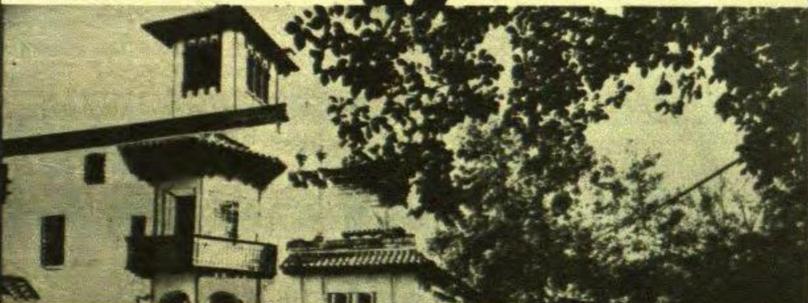
rar, claro. Pero nuestro país es pequeño. Cuando vienes en avión, apenas entras en Cataluña y ya descendes. Tenemos como una imposibilidad física de volvernos grandes. Hay algo de falso, de artificioso en esta efervescencia de publicar libros y de la canción catalana. Como un desear ir más allá de lo que se puede. Padezco porque quiero a mi país. En cuanto al encuadre catalán en el conjunto peninsular, no sé qué decirte. De la sociedad española apenas sé nada, ¡es tan diversa! Soy una enamorado de Europa y la solución de la sociedad catalana, de la andaluza, de la vasca, de la castellana, de cada miembro complejo español, se halla en Europa, creo. Entonces podremos realizarnos plenamente y abandonaremos los nacionalismos y los separatismos destructores. En política, pienso más o menos igual. Aunque quiero dejar bien claro que de nada de esto entiendo suficientemente para opinar con autoridad. Pero veo que hay muchas injusticias que deben resolverse y que los sistemas políticos sólo solucionan en parte. No sé qué pasará en el futuro. Pero amo la libertad y la justicia y por ello imagino que hoy lo más conveniente para nosotros es acercarnos y parecernos a los países más adelantados de Europa, sean las que fueren sus formas políticas: Inglaterra, con su tolerancia; el socialismo del norte y del centro de Europa. Por ahora éste es un ideal inasequible, pero debemos aspirar a él. Como catalán, me siento más europeo que africano... ¿Del arte catalán, qué opino? El país ha dado grandes y numerosos artistas plásticos. Si somos subdesarrollados en muchas cosas, en arte tenemos una valoración universal.

Y dejo a Josep M. Subrach en el silencio de su taller, rodeado de herramientas, bajo el símbolo de la Torre de Babel.

CAN AMAT PARADIS



“EL. PESSEBRE DE CATALUNYA”



Acuda con sus amigos, con su familia a CAN AMAT-PARADIS. Conozca las típicas especialidades de nuestro confortable restaurante, pásese por entre el maravilloso parque natural, vea nuestras piscinas. Y para los niños tenemos parques infantiles y una "carta especial" para ellos en el restaurante.

Venga a cenar, a comer, a divertirse, a pasar un día de ensueño en CAN AMAT-PARADIS. SALONES ESPECIALES PARA REUNIONES, BODAS Y BANQUETES. —CADA DÍA A SU SERVICIO.

solicite información al tel. 10 de S. Esteban de Sesrovires y en nuestras oficinas en Barcelona: Trav. las Cortes, 348, entlo. tel. 250.35.07

NUEVO Y AMPLIO ACCESO A LA SALIDA DE MARTORELL, A 30 KM. DE BARCELONA
K. 592 H.300 CAN AMAT

